



MERCADO DE GUZMÁN EL BUENO. MADRID

El abuelo

GERMÁN UBILLOS ORSOLICH

Con ocho años Juan ya ayudaba a su tía Quiteria en el puesto de fruta que ésta tenía en el Mercado de Guzmán el Bueno, en pleno corazón del barrio madrileño de Gaztambide.

Juan tenía los ojos transparentes de puro azul, el pelo rubio y muy fino, se apoyaba en el borde del mostrador y casi con su mirada invitaba a acercarse y a comprar a los que por allí pasaban. Por supuesto que todos le conocían, y le saludaban y sonreían, pues en general eran gentes educadas, casi todas del barrio. Las frutas, albaricoques, ciruelas, cerezas, kiwis, melocotones, mandarinas y manzanas, plátanos, pomelos y fresones, entre otras, eran colocadas por Quiteria como si fueran auténticas joyas y como tal resplandecían ante los ojos golosos y asombrados de los clientes de cada día. Muchas veces Juan les acompañaba llevándoles alguna bolsa hasta la misma puerta con salida a la calle Andrés Mellado.

Pero Juanito, además de amar la fruta y el mercado, quería con auténtica locura a su abuelo materno, quizá por eso de que los niños se entienden mejor con sus abuelos que con sus padres.

Y como todo en la vida no van a ser alegrías ni venturas, un día 2 de noviembre el abuelo de Juan fue ingresado por “Urgencias”. Sangraba abundantemente en la deposición y se mostraba pálido y debilitado. Le pasaron a la planta de medicina interna, no había camas en la de digestivo; al principio toda la familia se conmocionó, el abuelo era muy querido, gente que no había oído misa en su vida comenzó a comulgar para que se curara, le iban a visitar, estaban horas enteras con él, le llevaban el periódico y la radio de transistores. La habitación era de seis camas, un anciano de noventa años con fuertes oscilaciones diabéticas; un hombre de mediana edad, semiinconsciente, con un tumor cerebral; un joven ciego y sordo al que su madre acariciaba con gran ternura; otro viejo cubierto de llagas que deliraba...; en fin, toda una odisea, hubiese parecido la India de no ser por un clima tan español.



La asistencia clínica y farmacológica era no obstante impecable en aquel vetusto hospital. El personal era también eficiente y abnegado, iban y venían por los largos pasillos con sus batas blancas y sus zuecos; se veían camas empujadas por celadores, en ellas seres pálidos con las botellas de suero colgando en esa especie de paraguas metálico. Otros llevaban la mascarilla de oxígeno puesta, con las burbujas del frasquito de agua para humedecerlo; también personal de quirófanos, con sus batas verdes, sus gorros y las mascarillas colgando del cuello. Cualquier escritor habría hecho de aquello un novelón como “Cuerpos y almas”, pero ahora no se trataba de literatura, sino del dolor humano tangible y real, esa materia de la que está hecha la médula de la vida y que ahora estallaba con todos sus tintes inquietantes y angustiosos.

Siete días estuvo el abuelo sin probar ni gota de agua, sólo con sus sueros; a la mañana del cuarto día, mientras fregaban la habitación, en un santiamén, el viejo diabético cayó de la cama con estruendo, el del tumor cerebral se puso a berrear, el joven ciego a gritar, y médicos y enfermeras comenzaron a entrar corriendo como locos por la estancia. “¡Salgan!, ¡salgan!”, gritaban a los acompañantes. Al poco rato el abuelo salió en pijama, arrastrando en la mano el árbol de los sueros.

—¡Aquí no hay quien pare. Esto es una casa de locos, me quiero ir a casa!

—Papá, eso es imposible, te van a curar aquí.

—Pues hazme la maleta o que me cambien de habitación, yo no soporto esto.

Sí. Esto era también el hospital, el hacinamiento, las listas de espera, el sufrimiento psíquico. ¿Conocían eso las clases privilegiadas, el mundo de la opulencia, los políticos tan parlanchines, los que se creían muy europeos?

Pero el abuelo, providencialmente, fue cambiado de habitación. Ahora había pasado a digestivo y, aunque las ecografías y otras pruebas habían advertido de un problema en su cansado corazón, ya estaba en una habitación de cuatro camas. Él ya era feliz con eso, sus tres nuevos acompañantes eran educados, chicos de mediana edad, prudentes, uno era más chulillo, el otro parecía un lord inglés, el tercero gracioso y muy amanerado; en fin, buena compañía. Después de la “casa de locos” no tenía tanta prisa en marcharse, era como si intuyese que su enfermedad iba a ser larga.

La familia al principio iba todos los días, a él le hacían pruebas y más pruebas, le cambiaban las dietas, le pinchaban

con frecuencia para sacarle sangre y hacerle análisis, la sensación era que sí, que hacían cosas, pero nada progresaba, kafkianamente el tiempo se había detenido en el hospital, se había detenido para la familia y para el enfermo, en el aire levemente dulzón y medicamentoso de los pasillos se había ido creando una especie de sopor. La familia entraba y salía, primero angustiados, después interesados y más serenos, a continuación cansados y aburridos, más adelante... como autómatas. Al final dejaron de visitarle.

El abuelo yacía en la cama o sentado en la butaca de escay negro con la mirada perdida o llena de tristeza. Más allá de los cristales quedaba la vida, el bullicio, el maremágnum de la gran ciudad. Después de una rectoscopia le hicieron un análisis bacteriano, biopsias de tejido, urografía, parecía que la urea había subido algo. Sus compañeros de habitación pasaban como zombis, cada vez hablaban



menos, comentaban algún dato inconexo de cómo iba la Liga, algún resultado del partido visto en la tele, cosas cortas, asépticas, cuando volvían doloridos o molestos de alguna prueba se miraban con compasión, sin decir nada. ¡Era tan difícil la compasión entre sanos y enfermos! Aquello parecía una máquina engullidora de enfermos que marchaba por simple inercia; médicos, enfermeras, supervisoras, celadores, limpiadoras, todos hacían su trabajo mecánicamente, como autómatas, lo hacían muy bien.... Pero faltaba algo.

Llegó la Navidad. El abuelo ya casi no recordaba cuándo ingresó en el hospital. Se pasaba largas horas tendido en la cama, de lado, la mirada perdida. Fue entonces cuando apareció de improviso Juan, su nieto pequeño, que acababa de salir o más bien de escaparse del Mercado. Tenía ocho años, ¿cómo podría haberse introducido hasta allí? Había controles, pero era como si no existiesen, entre la confusión reinante entraba y salía la gente por donde quería.

El niño se sentó en la silla junto a la cama del anciano y puso su manita sobre la de él. Fuera nevaba, los copos se veían caer a través de la ventana como gráciles algodones, se iban posando sobre el césped y los oscuros y majestuosos abetos del fondo.

—¿Cómo era antes la ciudad, abuelo?

—Los ojos del viejo cobraron cierta vida.

—Era más pequeña. La gente más amable, no era tensa e irascible como ahora, todos procuraban ayudarse.

—¿Había muchos coches?

El abuelo sonrió por primera vez.

—Había tranvías.... Hace muchos, muchos años, nos colgábamos de las barras de las portezuelas... y algunos niños como tú se sentaban en los parachoques traseros.

—¡Qué guay!

—La gente tenía tiempo para vivir.

—¿Y ahora no?

—No lo sé. Ya ves que no vienen a verme.

El niño quedó pensativo.

—No tendrán tiempo.

Pasaron los días y llegó el 24 de diciembre. A muchos enfermos les dejaron marchar a sus casas. El hospital se engalanó en pequeños detalles, pero seguía el ajetreo. ¿Vendrán a verme?, pensaba el abuelo.

Pasaban las horas y nadie llegó, hacía tiempo que no le habían hecho ninguna prueba, la comida seguía tan insípida, sin sal. El anciano se apoyó en los cristales, nevaba. Sintió una honda e indefinible tristeza, los abetos se difuminaban, sacó el pañuelo del bolsillo del pijama y se secó los ojos. Apenas lo había hecho cuando notó la mano de Juan en la suya.

—Abuelo, ¿quieres que nos vayamos?

—Sí, Juan —murmuró en un suspiro.

Sentándose en la cama, se puso los calcetines de lana, los zapatos, el grueso jersey y el batín de invierno. ¡Ah!, la pequeña radio de transistores, se la metió en el bolsillo.

—¡Vamos, Juan!

Con paso lento, abuelo y nieto salieron al pasillo y avanzaron entre camas, celadores, enfermeras de verde con mascarillas al cuello, doctores con sus batas blancas, visitas, mujeres de la limpieza. Llegaron a la puerta. Nadie se percató. Aspiraron profundamente. ¡Ah, el olor puro de la nieve!. Caminaron sobre ella, penetraron entre los abetos gigantes, iban sonrientes y silenciosos, de la mano, siempre de la mano. Ya nunca jamás dejarían de caminar, de eso estaban seguros.



GERMÁN UBILLOS ORSOLICH

MERCADO DE GUZMÁN EL BUENO. MADRID

El Mercado de Guzmán el Bueno, ubicado en el céntrico distrito madrileño de Chamberí, ocupa un edificio de dos plantas construido en 1951 y ha sido recientemente remodelado, manteniendo una planta para los puestos y otra para un supermercado, Ahorra Mas.

Los puestos del mercado mantienen una oferta variada de gran calidad en alimentos frescos: fruterías, carnicerías y pescaderías, y tras la remodelación han incorporado una nueva imagen y servicios comunes para reforzar la atracción comercial del mercado.

